

Buenas tardes , graduados, familiares y autoridades. Buenas a tardes a todos y especialmente a aquellos que vienen por primera vez a la Universidad Nacional de Río Cuarto. Cuando Ramón me consultó por la posibilidad del discurso, acepté gustosamente. Y esto por varias razones que me conducen un viaje hacia mí oeste cordobés y a todo el valle de Traslasierra. Anticipo que será auto referencial y breve.

Hace unos días mientras conversaba con mi abuela me relató que en su niñez le encantaba la Matemática y la Geografía. Que le hubiese gustado estudiar pero que no pudo ya que debía ayudar a su madre en trabajos varios. Hoy sufre de problemas de visión por sus laburos de costurera que le posibilitaron acceder en la actualidad a una jubilación mínima. Si bien ingresó a la escuela primaria, su trayectoria se vio frustrada. Conclusión: dejó la escuela.

Mi abuela paterna no conoció nunca la universidad. Su paso por la escuela primaria fue más bien opaco y colmado de ausencias. Y, otra vez apareció el mismo argumento: primero tener que trabajar para comer. Entre tareas rurales, como ordeñar las vacas para luego venderla en el pueblo a tiró de sulkys. La misma conclusión: también se alejó de la posibilidad de la educación primaria. Criar a sus hijos en el campo bajo lemas como los valores no se negocian, que todo se comparte en una mesa redonda y que todos tienen voz y merecen ser escuchados. Probablemente, una de las razones por la que uno de sus nietos estudió Ciencias de la Comunicación.

La historia de mis abuelos no es muy distinta. Ni siquiera pensaron en ingresar a la escuela primaria y entre trabajos de condición de informalidad se ganaron la vida y bancaron la olla familiar.

Mi madre y padre , o la “ma” y el “pa” como les decimos con mis hermanos en Villa Dolores realizaron magistralmente la crianza de cinco hijos. Ellos con distintos desafíos no lograron culminar sus estudios. Otra vez, una escena familiar con trayectorias que se ven obstaculizadas.

¿Acaso no contamos todos con las mismas posibilidades? Claramente, no. En un país con una profunda desigualdad, la educación es el único vehículo de ascenso y movilidad social. Reitero, la educación es el único vehículo de ascenso y movilidad social que tenemos algunos. Porque nuestro capital es simbólico no material. Trabajamos con las palabras porque creemos en ellas.

En un país donde solo algunos pueden sonar, donde muchos pasan hambre y cada vez menos llegamos a la universidad ;solo nos queda una tarea. La cual es urgente: defenderla hoy más que nunca, de las mezquindades, de los ajustes, de los intentos de desfinanciamiento y de todo traidor que quiera bastardearla.

Cómo integrante de la primera generación de universitarios, no puedo dejar de expresar mi agradecimiento público a dos personas que hoy reciben el título de Licenciado conmigo. A vos “pa” que te levantas todos los días a las cinco de la mañana para atender la despensa y por ser sostén incondicional; a vos “Ma” por enseñarme a creer en las palabras y en la educación pública.

Y, como dijo una profe, lo que hagamos debe ser útil para otros en vías a reconocer las injusticias de este mundo. Decir “universidad” es referenciar a la vida en comunidad. Aprendizaje que obtuve, no sin dolor, al dejar mi Villa Dolores. A la vez que conocí militancias, posturas político-ideológicas, amigos y colegas con los cuales tramamos nuevos caminos de formación. Pero no dudamos en insistir que la universidad no se toca y se defiende.

Viva el departamento de Ciencias de la Comunicación; lo que soy hoy es gracias a las clases y conversaciones de docentes apasionados; que creen en sus alumnos y en la educación que tuerce destinos. No puedo dejar de manifestarme en contra de sus condiciones salariales totalmente injustas.

Por eso y por todos, que viva la universidad pública. Para que cualquier otro pibe de Traslasierra pueda sentirse parte de las ciencias sociales y se anime a soñar. Muchas gracias.